

Ferías de la cuarta Semana de Cuaresma.

Ildefonso Fernández Caballero

A partir de hoy, el leccionario ferial cambia de perspectiva: ofrece una lectura semicontinua del evangelio según San Juan, escogiendo especialmente, a partir del capítulo cuarto, los fragmentos en los que se describe la oposición creciente de los judíos a Jesús, que terminará llevándolo a la muerte.

En esta semana, la primera y segunda lecturas no están temáticamente tan ligadas entre sí como en las anteriores. Las primeras lecturas presentan anticipos proféticos del Salvador crucificado, tomados del Antiguo Testamento; los evangelios desarrollan la trama de oposición a Cristo que le llevará a la muerte y a la victoria.

Dentro del marco de las ferías que quedan hasta la Semana Santa, la cuarta semana destaca dos temas: la vida y la renovación de la Alianza (lunes, martes y miércoles); incredulidad de los judíos y tentativas de matar a Cristo (jueves, viernes y sábado).

Contra la cultura de la muerte, promover la vida y cuidar la casa común.

A partir de hoy, lunes de la cuarta semana, el leccionario ferial cambia de perspectiva: ofrece una lectura semicontinua del evangelio según San Juan, escogiendo especialmente, a partir del capítulo cuarto, los fragmentos en los que se describe la oposición creciente de los judíos a Jesús, que terminará llevándolo a la muerte.

En esta semana, la primera y segunda lecturas no están temáticamente tan ligadas entre sí como en las anteriores. Las primeras lecturas presentan anticipos proféticos del Salvador crucificado, tomados del Antiguo Testamento; los evangelios desarrollan la trama de oposición a Cristo que le llevará a la muerte y a la victoria.

Dentro del marco de las ferías que quedan hasta la Semana Santa, la cuarta semana destaca dos temas: la vida y la renovación de la Alianza (lunes, martes y miércoles); incredulidad de los judíos y tentativas de matar a Cristo (jueves, viernes y sábado).

Lunes: Contra la cultura de la muerte, promover la vida. Cuidar la casa común.

Primera lectura: Is 65, 17-21. *El Señor creará un cielo nuevo y una tierra nueva.*

En el capítulo 65, el tercer Isaías establece una clara diferencia entre justos y pecadores en relación con Dios. De una parte está “el pueblo rebelde que me provocaba sin cesar”; y de otra los que buscan al Señor, “mis fieles, mis elegidos, mi pueblo”. La lectura de hoy centra la atención en el destino de los elegidos. Es un oráculo de salvación augurando una situación de vida nueva y definitiva que se proyecta hacia el futuro último. Se prometen gozo y alegría, salud, plenitud y paz.

La promesa de paz universal se manifiesta en la desaparición de toda violencia y afán destructor, incluso entre los animales. Sólo la serpiente, símbolo del mal, cumple su condena de morder el polvo y no participa del mundo nuevo.

Ayer, domingo IV de Cuaresma, los catecúmenos adultos, que recibirán el bautismo en la noche de Pascua, han celebrado el segundo escrutinio; y, acompañándolos, la comunidad cristiana avanza también en deseos de purificación y renovación. En los denominados “escrutinios”, no se trata de realizar ninguna inquisición de la conducta de los catecúmenos, sino de ritos que expresan la voluntad de alejamiento del mal y de acercamiento a Cristo, autor de toda renovación del universo y de cada persona en particular.

Todos esperamos de Dios, por la victoria pascual de Cristo, un mundo nuevo donde habita la justicia. Pero esa esperanza no debe amortiguar, sino más bien avivar la preocupación de perfeccionar esta tierra donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, en el cual se “puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo. El bautismo libera los bautizados para que en las diversas vocaciones, con la abnegación propia y el empleo de todas las energías terrenas en pro de la vida humana, se proyecten hacia las realidades futuras cuando la propia humanidad se convertirá en oblación acepta a Dios” (cf GS 38-39).

Respuesta al salmo: *Te ensalzaré, Señor, porque me has librado.*

Evangelio: Jn 4, 41-54. *Vete, tu hijo vive.*

El relato del evangelio describe un itinerario de fe: la palabra de Jesús conduce a la fe y hace vivir en una vida nueva.

Un funcionario, al servicio de Herodes Antipas, tetrarca de Galilea, tenía un hijo enfermo en Cafarnaúm. El padre ama a su hijo. Amar es desear que viva aquel a quien se ama. Esta realidad, innata en el ser que ama, necesita ser consolidada en un mundo en que toda una cultura de la muerte pone en marcha la aceptación social de los abortos, la eutanasia, terrorismo, guerras y otras formas de violencia, cuestionando el valor de la vida y del amor a la misma, hasta en el seno del ámbito más cálido del amor, como es la familia.

El funcionario real manifiesta una visión religiosa de la realidad. Está persuadido de que la vida es un don de Dios, reconoce que, aún siendo el padre del niño carece de capacidad para retenerlo en vida, así como está seguro de que Dios lo puede curar. Ha oído hablar de Jesús y este inicial conocimiento del taumaturgo le impulsa a buscar su presencia junto al niño enfermo, con el fin de lograr que actúe el Dios dueño de la vida.

La enfermedad grave tiene ya al hijo enfermo bajo el dominio de la muerte, que se prevé inminente. Un inicio de fe pone al padre en camino hacia Jesús. Recorre unos 30 kms. Hasta que le encuentra y le pide que se haga físicamente presente junto al enfermo. La fe en el Dios de la vida comienza a orientarse también hacia Jesús y a hacerse fe cristiana. Ésta fe es puesta a prueba en un proceso de maduración. El padre renunció a la presencia física de Jesús, creyó en su palabra y se puso en camino hacia casa. Su confianza quedó confirmada cuando los criados le informaron de que la fiebre había dejado al niño, a la hora precisa en que Jesús le dijo: “Anda, tu hijo está curado”. Ha experimentado que la palabra de Jesús, viva y eficaz, es elemento integrante de la acción “sacramental” de Jesús, es decir, un gesto sensible, signo e instrumento eficaz para liberar de la muerte y dar una vida nueva. El funcionario real aportó una fe inicial. Esta fe creció y se alimentó

descubriendo a la persona misma de Jesús como dueño, señor y dador de vida. La fe del padre manifestó enseguida su dimensión misionera: “Creyó él con toda su familia”. El itinerario de fe recorrido por el funcionario real se convierte así en el modelo de todos los que creemos en Jesús que ama la vida y que ahora, en la celebración de los sacramentos, sobre todo de la eucaristía, mediante gestos y palabras, sigue dando vida al mundo.

Martes de la cuarta semana: ¿Somos, en nuestro mundo, agua que cura y purifica?.

Los primeros datos de la actividad pastoral en la Iglesia recién nacida manifiestan la relación indisoluble entre fe y bautismo. Los que acogen la palabra reciben el bautismo. Con palabra y agua se hace el sacramento. Ayer celebrábamos la eficacia de la palabra de Jesús. Hoy celebramos esa misma eficacia cuando se confiere el sacramento del bautismo. Cuando alguien bautiza es Cristo quien bautiza. El bautizado, a su vez, se convierte en agua que cura y purifica.

Primera lectura: Ez 47, 1-9.12. *El agua que sale del templo.*

El mensaje de Ezequiel ilumina los dos acontecimientos decisivos de Israel en tiempos del profeta: el destierro entre las naciones y el regreso a la tierra prometida. Desde la cautividad, Ezequiel vislumbra ya la Palestina nueva y el nuevo Israel. La gloria de Dios retorna al templo de Jerusalén. Agrupado en torno a éste, Israel volverá a vivir en libertad.

Del templo mana agua copiosamente. El profeta y los israelitas experimentaron en el exilio que la base principal de la prosperidad económica del imperio babilónico estaba en la abundancia de aguas del río Éufrates. Por eso, la imagen del agua que mana del templo describe bien el origen de la vitalidad de la nueva Jerusalén. Es el Señor, cuya presencia están simbolizadas por la nube de su gloria, la verdadera fuente de vida nueva. Desde los cimientos del lugar donde Dios habita, avanza la corriente fecundando la tierra reseca. Y no sólo la tierra. El río llega hasta el Mar Muerto, donde la vida era imposible, y sana las aguas. Junto al torrente y hasta donde alcanza su influjo crecen y fructifican toda clase de árboles, peces, aves, animales terrestres y seres humanos como en el día de la creación. El caudal y la eficacia del agua son como los de los ríos del jardín del Edén y superan al que manó de la roca en el desierto durante el Éxodo. Se asemejan al “agua viva” tantas veces cantada en los salmos.

El Nuevo Testamento recogerá este gran símbolo del agua, aplicándolo a Cristo: El último día de la fiesta de las tiendas, Jesús en Jerusalén, puesto en pie ante la muchedumbre afirmó solemnemente: “Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba. Como dice la Escritura, de lo más profundo de todo aquel que cree en mí brotarán ríos de agua viva”. (Jn 7, 37-38).

La Iglesia, ilustrada por imágenes que van de lo visible a lo invisible, contempla en la Pascua la riqueza sacramental de las aguas bautismales.

Respuesta al salmo: *El Señor de los ejércitos está con nosotros. Nuestro alcázar es el Dios de Jacob.*

Evangelio: Jn 5, 1-3a. 5-16. Al momento aquel hombre quedó sano.

Después de la curación del hijo del funcionario real, que recordábamos ayer, hoy centramos la atención en la curación del paralítico junto a las aguas de Betesda. En los dos signos se pone de manifiesto la impotencia humana ante la enfermedad; en ambos se muestra también el poder vivificante de Jesús, que supera esa impotencia con la fuerza de su palabra. El evangelista subraya en ambos relatos la relación que existe entre creer y vivir, es decir, entre fe y vida.

La curación del paralítico se sitúa en Jerusalén, en lugar próximo al templo, junto a un estanque con agua. Según se deduce de recientes excavaciones, serían dos piscinas irregulares, separadas por un muro central. Estos depósitos de agua podrían haber servido de balneario, lo cual vendría a confirmar la atribución popular de eficacia curativa a aquellas aguas. El evangelio, juntamente con las indicaciones sobre el lugar, ofrece datos sobre el enfermo y la gravedad de su estado: la duración de la parálisis no permitía al postrado, que además no tenía quien le ayudara, alimentar esperanzas. Entre la multitud de enfermos, Jesús toma la iniciativa en todo el proceso: se fija en él, se le acerca, le pregunta ¿quieres quedar sano? Después de oír al paralítico pronuncia tres imperativos: “Levántate, toma tu camilla y echa a andar”. La fe en la palabra de Jesús aparece como requisito para que el signo se realice; el paralítico colabora con la acción de levantarse, a pesar de su postración de treinta y ocho años. El relato de la sanación termina subrayando la eficacia de la palabra de Jesús: “y al momento el hombre quedó sano, tomó su camilla y echó a andar”.

La curación no se limita al cuerpo, sino que alcanza a la intimidad de la persona: “mira, has quedado sano; no peques más, no sea que te ocurra algo peor”.

La palabra de Jesús desvela el sentido de su gesto: junto con la curación de la parálisis corporal, Dios ha otorgado al hombre paralítico el perdón de sus pecados. La obra de la curación externa es signo de otro don mayor que es la vida interior eterna. El mal mayor del que Jesús previene al paralítico se refiere a la pérdida de la vida verdadera y permanente junto a Dios.

Durante la Cuaresma renovamos la fe en Cristo que da vida. Él sigue presente con su virtud en los sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza es Cristo quien bautiza (cf SC 7).

El cristiano que desconoce la dimensión bautismal de la cuaresma reduce el significado pleno de ésta.

Miércoles de la cuarta semana: *El cristiano, como el Hijo y como el Padre, no se toman descanso cuando hay que hacer el bien.*

Primera lectura: Is 49, 8-15. *Te he constituido alianza del pueblo.*

Este texto, tomado del segundo canto del Siervo, exalta a Israel que, cuando reconoce sus errores, es antepuesto a reyes y príncipes a la vista de todas las naciones. Una vez reconciliado, está ya en condiciones de recibir de Dios una nueva misión:

Restaurar la Alianza.

La creación, sobre todo la creación del hombre, es ya un acto del amor y la benevolencia de Dios. Después de la creación, un pueblo entre los demás pueblos, Israel, fue objeto de una nueva elección que comenzó con la llamada a Abrahán, se hizo extensiva a “su descendencia” y alcanza a “todas las familias de la tierra” (Gn 12, 2-3). Esta Alianza se ratificó en tiempos de Moisés (Ex 19-24),

concretándose en la Ley (Dt 4, 32-39); tuvo como momento culminante el paso de la esclavitud de Egipto a la libertad, y se actualizaba anualmente en la celebración de la Pascua.

Esta misión se prolonga en la que recibe también la comunidad cristiana purificada en los ejercicios del tiempo cuaresmal, y consiste en restaurar la Alianza.

Cuando la Iglesia, pueblo de la nueva Alianza, celebra la Pascua realiza un itinerario hacia la nueva Jerusalén (Ap 21, 12), precedida por Cristo. En la fiesta central del año litúrgico celebramos, por el Bautismo, el éxodo de la muerte a la vida.

Hacer pasar a los hombres de las tinieblas a la luz:

Esta misión del Siervo, que consiste en decir “a los que están en tinieblas: venid a la luz”, se continúa, igualmente en la Iglesia. Cuando las comunidades cristianas se reúnen en la noche pascual quieren expresar simbólicamente su misión de pasar, y hacer pasar a todos, de la oscuridad a la aurora. Cristo resucitado es el paso de las tinieblas del pecado y de la muerte a la luz nueva de la resurrección y la vida, como se expresa, también simbólicamente, en el cirio encendido que preside toda la celebración de la Vigilia.

La imagen de un pueblo “guiado por el Compasivo a manantiales de agua” evoca los ritos pascales de la bendición del agua, la celebración del bautismo y la aspersión que sigue a la renovación de las promesas bautismales.

Finalmente, la contemplación de Jerusalén como centro de reunión de todos los pueblos, anuncia proféticamente la alegría de la Iglesia, congregada de todas las naciones, objeto de la compasión, del consuelo, de la ternura y del recuerdo eterno de Dios todopoderoso.

Respuesta al salmo: *El Señor es clemente y misericordioso*

Evangelio: Jn 15, 17-30. *Llamaba a Dios Padre suyo, haciéndose igual a Dios.*

El paralítico de la piscina curado por Jesús cargó con su camilla un sábado. Cuando los que consideraban esta acción como violación de la ley se lo recriminan, el hombre se excusa alegando obediencia a su bienhechor. Esto ocasiona un debate de los judíos con Jesús que provocó en aquellos intenciones de matarlo. Jesús arguye en su favor que, contra lo que creen los judíos, su Padre también actúa en sábado. Descansó ciertamente, de la tarea creadora, pero no deja, aún en sábado, de dar vida, amar, sanar, fortalecer, curar, perdonar y consolar. La justificación que Jesús hizo de su modo de obrar con el paralítico es de carácter teológico más que humanitario. Dios no descansa durante el sábado en la atención a sus hijos, por eso Jesús, no descansa y atiende al enfermo. Más aún, al obrar así se comporta como el Hijo que no hace por cuenta propia nada que no vea hacer a su Padre. El sábado no es óbice para que el Padre dé vida y disponga de la vida, y el Hijo, igualmente, da vida y dispone de la vida; el Padre resucita a los muertos, y el hijo da vida a los que quiere. Al Padre compete juzgar, pero no lo hace porque ha confiado al Hijo el poder de juzgar. El futuro definitivo de todos lo ha puesto el Padre en las manos del Hijo. Jesús prueba que no viola la ley del sábado sino que la cumple con la perfección de su Padre del cielo. Por eso todos deben honrar al Hijo como honran al Padre.

Los judíos interpretan que Jesús se pone en nivel de igualdad con Dios, y esto no en un momento

aislado, sino como actitud permanente. Habían visto los gestos de Jesús; ahora sus palabras, añadidas a los gestos, revelan el misterio de su persona. En el hacer del Hijo se manifiesta el hacer del Padre; escuchar al Hijo es escuchar al Padre; creer en el Hijo es creer en el Padre que le ha enviado, y los que escuchan al Hijo y creen en el Padre consiguen el paso a la vida.

No pocos judíos, y después muchos gentiles, se abrieron a la revelación de Cristo y creyeron. Otros se enfrentaron con él hasta llevarlo a la muerte en cruz.

Cada generación se encuentra con la necesidad de optar. Cada día se hace realidad la afirmación de Jesús en otro lugar: “el que no está conmigo, está contra mí”.

Jueves de la cuarta semana. Somos, siguiendo a Moisés y, sobre todo, a Jesús, elegidos y enviados, no para buscar gloria de los hombres, sino para servirlos, dando gloria a Dios.

Primera Lectura: Ex 32, 7-14. En Moisés tenéis vuestra esperanza.

Moisés fue el alma de Israel, un pueblo pobre y oprimido; logró aunar las ansias de vida y libertad de sus gentes y llegó a crear un sentimiento colectivo de identidad, civil y religiosa, que pervive hasta nuestros días. Fue el padre de la patria israelita tanto o más que Abrahán. Se entregó de tal manera a su pueblo que, habiendo sido criado entre nobles egipcios, no le importó la pobreza. Adquirió una cultura notable y se abajó a vivir con gente sencilla. Hombre de corazón grande para amar, aceptó vivir en soledad. El título mayor que le da la Biblia, el que más le honra, es el de “siervo del Señor” (Num 14,24).

Dios suscitó a Moisés para salvar a su pueblo; lo llamó desde la zarza ardiente para ponerlo al servicio de la comunidad, y, a partir de ese momento, dedicó toda la vida a proporcionar a los israelitas la seguridad de que Dios está presente en medio de ellos “de noche y de día”, por mucho que, a veces, tuviera la impresión de encontrarse extraviado y perdido por los caminos. (cf Ex 13, 17-22).

Los seis versículos del Éxodo que preceden a los de la lectura de hoy narran el conocido episodio de la adoración del becerro de oro. Los israelitas, al pensar que Dios estaba ausente mientras hablaba en el monte con Moisés, quisieron tener a otro dios en la figura de un ídolo, aparentemente más cercano. Dios se siente herido porque su pueblo piensa y actúa como si Él lo hubiera dejado de la mano en el camino. Sólo Moisés será capaz de hacer que Dios “se arrepienta” de su actitud contra su pueblo. Moisés se pone ante Dios y le ofrece razones para perdonar: apela al sentido de la responsabilidad divina porque el que ha pecado no es un pueblo extraño, sino su pueblo, al que sacó de Egipto. Arguye luego acudiendo al honor que Dios debe a su nombre: los egipcios y los demás pueblos interpretarán que llevó a los israelitas al desierto para hacerlos perecer allí. Invoca la fidelidad de Dios a la palabra dada a Abrahán y a Isaac. Finalmente, Moisés muestra que no está dispuesto a formar un nuevo pueblo a costa del abandono del que ha conducido hasta allí. El amor de Dios a los suyos, el honor de su propio nombre, el mérito de los patriarcas, juntamente con el cariño que profesa a Moisés, y la negativa de éste a comprometerse en otro proyecto, logran que Dios “se arrepienta” y acoja de nuevo a su pueblo otorgándole el perdón. La oración de Moisés es modelo de intercesión mediante un trato de confianza y de amistad con quien sabemos que nos quiere.

En el tiempo de Cuaresma, dedicado a la plegaria más frecuente, no olvidemos que la oración fortaleció a Moisés para continuar entregándose con generosidad al servicio de Dios y de su pueblo.

A continuación, cantamos el salmo 105: “Dios hablaba ya de aniquilarlos; pero Moisés, su elegido, se puso en la brecha frente a él para apartar su cólera del exterminio”.

Respuesta al salmo: Acuérdate de nosotros por amor a tu pueblo.

Evangelio: Jn 5, 31-47. Si creyeráis a Moisés me creeríais a mí.

Israel tenía su esperanza en Moisés. El pueblo cristiano pone su esperanza en Jesús, de quien escribió Moisés.

¿Cuales son las razones de que pongamos en Jesús nuestra esperanza?

La vocación de Moisés se debió a la llamada que Dios hizo a un hombre del pueblo y para bien del pueblo de Israel. Dios suscitó a Moisés.

Jesús viene de más arriba. Lo envía el Padre: “Yo he venido en nombre de mi Padre”; “El Padre me ha enviado”; “El Padre que me ha enviado da testimonio de mí”.

Ciertamente, es importante el testimonio del Bautista en favor de Jesús. Juan tenía crédito entre los judíos: era la lámpara que ardía y brillaba. Los judíos habían mandado mensajeros a Juan para que les informara de quién era y qué hacía, y Juan desvió la atención de sí mismo y dio testimonio en favor de Jesús.

También es importante el testimonio de las Escrituras. En ellas se descubren las relaciones de Dios con su pueblo y son un medio para acercarse a Dios; pero la fuente de la vida es Dios y no las Escrituras. Los que prescinden de Dios, por mucho que se esfuercen en estudiar las Escrituras, no encontrarán en ellas vida eterna. Las Escrituras dan testimonio de Jesús porque, estudiándolas con fe, orientan hacia él.

Es importante, sin duda, el testimonio de Moisés. Los judíos se gloriaban de Moisés y de su ley y esperaban que, como ocurrió en el Éxodo según la primera lectura que hemos leído, el “siervo del Señor” sería su abogado ante Dios.

Pero “si creyeran a Moisés, dice Jesús, me creeríais a mí porque de mí escribió él”. Jesús reprocha a los judíos que se han quedado en la letra de la ley de Moisés y no han captado su espíritu; si lo hubieran hecho habrían acogido a Jesús. Buscaban en la observancia de la ley el honor, el respeto, la gloria que viene de los hombres, la posición social y no la gloria de Dios. Por eso Moisés no les servirá como abogado, sino que será su fiscal.

El testimonio supremo y definitivo en favor de Jesús viene del Padre que le ha enviado. El Padre garantiza todo lo que Jesús hace. No podría Jesús actuar como actúa y hacer lo que hace si no contara con el poder que el Padre le ha concedido. Dios realiza sus obras por medio del Hijo. No podría Jesús hablar como habla si no dijera lo que oye a su Padre. Y no podría dar vida por sí mismo, porque el Padre es la única fuente de la vida. Es el Padre quien comunica la vida a través de su Hijo a cuantos lo acogen con fe.

Jesús termina con el lamento de que, a pesar del testimonio del Bautista, de las Escrituras, de

Moisés y, sobre todo, del Padre “no queréis venir a mi para tener vida”

Viernes: *Todavía no había llegado su hora.*

Primera lectura: Sab 2, 1a.12-22. *Lo someteremos a la prueba de la afrenta y la tortura.*

El libro de la Sabiduría refleja una situación ambiental que pone en peligro la fe de los israelitas. A nosotros nos ha tocado vivir una situación semejante, en algunos aspectos, a la que refleja este libro de la Biblia. En primer lugar por el pluralismo religioso. Como entonces, hoy se difunden prácticas de religiones diversas, y se divulgan sistemas filosóficos que, como el estoicismo y el epicureísmo, ofrecen sabiduría, orientación de vida, y salvación. También reinaba en el ambiente, como hoy, un clima de hedonismo y de inmoralidad en contraste con las costumbres israelitas. También quienes mostraban oposición a lo “políticamente correcto” sufrían aislamiento y hostilidad. Entre los perseguidores se encontraban algunos que abandonaron el judaísmo y vivían como paganos. A estos impíos se refiere la lectura de hoy.

Los grandes libertinos se convierten con frecuencia en duros dictadores. Ya lo dice el libro de los Proverbios: “Las entrañas de los malvados son crueles” (12, 10). Su norma de conducta es la ley del más fuerte y se ensañan con los justos y con los débiles que proceden con dignidad. La razón de la persecución es que la conducta misma de éstos resulta para aquellos una silenciosa y permanente denuncia que no están dispuestos a soportar.

Los judíos apóstatas y los paganos hostiles pasan del rencor oculto al odio manifiesto; en un proceso creciente, tienden asechanzas, llegan al insulto y, finalmente, al proceso de condena a muerte en un desafío blasfemo contra Dios. Los perseguidos vienen a ser una viva imagen de todo justo que sufre.

Sorprende la semejanza existente entre la conducta de los perseguidores que aparece en el libro de la Sabiduría y la de los perseguidores de Cristo en los relatos evangélicos de la Pasión. Esta similitud movió a muchos Padres a interpretar la imagen del justo perseguido que encontramos en el libro de la Sabiduría como referida directamente a Cristo. En este libro, además, el título de Hijo de Dios que se aplicaba en el Antiguo Testamento al pueblo de Israel y también a sus sacerdotes, reyes y profetas, se tiende a reservarlo a los justos. Jesús es el justo por excelencia, sometido a persecución injusta.

Respuesta al salmo: *El Señor está cerca de los atribulados*

Evangelio: Jn 7, 1-2. 10. 25-30. *Intentaban agarrarlo, pero todavía no había llegado su hora.*

En el conjunto de las lecturas del evangelio de esta semana se ha ido desvelando progresivamente el misterio de la persona de Jesús. ¿Quién es Jesús? ¿De dónde es Jesús? Los hombres piensan que lo saben, pero lo ignoran. Jesús lo sabe y lo

manifiesta. Lo conocerán verdaderamente aquellos que estén dispuestos a acogerlo a él aceptando su palabra.

Los hombres piensan conocerlo: “Este sabemos de dónde viene, mientras que el Mesías, cuando llegue, nadie sabrá de dónde viene”. Piensan que no hay en la persona de Jesús ningún misterio ni lo ha habido nunca. La humildad de los orígenes humanos de Jesús sirve de coartada para justificar la negativa al reconocimiento de su origen divino. Esto indica que el conocimiento del Jesús terreno, del Jesús de la historia, aún siendo de todo interés, por sí solo no sirve de nada sin la adhesión al misterio de su origen divino.

En el evangelio según san Juan aparecen expresiones que denotan el conocimiento que pretenden tener los hombres acerca de Jesús: sabemos que eres un maestro, sabemos de donde es, sabemos que es un pecador. Conocimiento superficial y muchas veces parcial o falso, mezcla de ignorancia, y oscurecido por el amor propio.

Jesús sabe quién es: posee una conciencia completa y segura; nadie tiene que enseñarle nada acerca de su origen y destino. No tiene necesidad de lo que digan los demás para conocerse, y sólo él es capaz de revelar a los otros la verdad sobre su ser.

Sabe quién es y lo proclama con toda claridad: procede del que es veraz. El Padre, que es veraz, le ha enviado. El Padre es el origen de cuanto hace y dice. La veracidad del enviado no consiste en lo que diga, sino en que hable las palabras de quien lo envía. Por eso, la persona de Jesús, sus hechos y sus palabras permiten conocer al Padre. No es posible conocer al Padre, que envía, sin conocer al Hijo, su enviado.

La acogida de los judíos a los discursos de Jesús es contradictoria. Unos lo aceptan. Otros querían agarrarlo, pero nadie le pudo echar mano. El evangelista subraya la libertad con que Jesús va a la muerte cuando dice: “Todavía no había llegado su hora”.

Sábado de la cuarta semana. *¿Quién eres, Jesús?*

Primera lectura: Jr 11, 18-20. *Como un cordero llevado al matadero.*

Jeremías está convencido de que, en la reforma religiosa emprendida por el rey Josías, más que los cambios estructurales importa la conversión de los corazones. Ejerce su ministerio profético enfrentándose con graves dificultades. No es escuchado, es objeto de burlas, sufre persecución, no tiene vida privada donde poder refugiarse; su misma familia se le opone, los enemigos van estrechando el cerco sobre él, y arrecian las maquinaciones hasta que logran detenerlo. Sin embargo, en esta dolorosa situación es capaz de descubrir la presencia fiel de Dios y consigue apoyarse permanentemente en Él.

Una parte de su misión profética es “edificar y plantar”: por la conversión de los corazones, procurada con tenacidad, se realizarán profundas transformaciones religiosas y sociales. En medio de contradicciones no dejó de ofrecer a su pueblo la salvación que proviene de Dios.

Ante el rechazo de los suyos recurrió a Dios, desahogándose con Él, e intercedió por las desgracias

de su pueblo.

En el lamento o “confesión” que recoge la lectura de hoy, se deja sentir la voz de Dios que le descubre cómo traman una conjura para perderle. No aparece con claridad en este texto quiénes son los conjurados; pero, teniendo en cuenta otros lugares del libro profético, se puede pensar que entre ellos hay gente del entorno y parentela de Jeremías, y que por eso se admira, y se asusta ante su propia ingenuidad y candidez, cuando lo descubre.

Los líderes políticos y religiosos se sienten molestos ante la predicación del profeta e intentan silenciar su voz. Hacer callar a Jeremías es como talar un árbol, como desarraigarlo de la tierra que lo sostiene y lo nutre, como borrar su nombre de la lista de los vivos; en definitiva, como matarlo.

El Señor saldrá en defensa del injustamente perseguido. La causa de Jeremías es la causa de Dios y el profeta la encomienda a sus manos.

La imagen del cordero llevado al matadero, que aparece también en Isaías cargando con nuestras culpas (53, 6-7), enlaza esta lectura con la persona de Cristo, paciente en los evangelios, y triunfante en el Apocalipsis.

Respuesta al salmo: *Señor, Dios mío, a tí me acojo.*

Evangelio: Jn 7, 40-53. *¿Es que de Galilea va a venir el Mesías?*

Continúa la polémica en torno a la persona de Jesús. Las discusiones no versan ya sobre cuestiones concretas de la vida religiosa de los israelitas, como la pureza o impureza de los alimentos, formas de ayuno, oración o limosna, prescripciones legales o morales de mayor o menor importancia. Ahora, más que discutir con Jesús, se discute acerca de él.

La persona de Jesús es el enigma que impresionó durante su vida, y se sigue planteando de generación en generación.

Se consignan en el texto evangélico las reacciones que suscitaron en su entorno las revelaciones de Jesús. Unos pocos aceptan a Jesús como uno de los profetas; reconocen su capacidad de convocatoria y su atractivo sobre la gente humilde, por la luminosidad y autoridad de su palabra y por sus acciones bienhechoras. Otros proclaman sin ambages que es el Mesías, identificando a Jesús con el esperado personaje de las promesas proféticas. Otros desconfían de él por el lugar de su origen, que piensan que no es Belén como esperaban. La discusión de la gente alcanza también a los notables: los guardias desobedecen las órdenes superiores, desarmados ante la autoridad de su palabra; los jefes, instalados en su seguridad, desprecian como a ignorantes a quienes le siguen. Nicodemo, “uno de ellos”, no toma ahora posición sobre la persona de Jesús, pero tampoco participa de la parcialidad ni de las criminales intenciones de las autoridades.

Esta polémica sobre Jesús queda abierta hasta nuestros días. Tampoco hoy faltan quienes rechazan más o menos violentamente a Jesús, y se sitúan en condiciones de superioridad con respecto a quienes creen en él. Hay también quienes se entusiasman con Jesús como defensor de la dignidad del hombre y reformador social. Los que actualmente confesamos a Jesús como Hijo de Dios, y tratamos de permanecer fieles a su palabra, tenemos una deuda de gratitud con tantos que, en la época de Jesús y a lo largo de los siglos, nos precedieron recorriendo el camino que lleva desde el

conocimiento humano hasta la fe en Él.